

CINCO SIGLOS DE EXTERMINIO Y DESTRUCCION

Elías Capriles

Para el momento de la llegada de los españoles, existían en nuestro continente las más variadas civilizaciones indígenas, entre las cuales se me ocurre mencionar: (1) las sociedades comunitarias¹ sin Estado que proliferaron en las regiones bajas de América del Sur; (2) los grandes Estados imperiales de los altiplanos y de Centroamérica (que incluían a incas, mayas, aztecas, etc.); (3) las sociedades comunitarias, también sin Estado propiamente dicho, de Norte América; (4) las sociedades comunitarias esquimales; etc.

Entre las mencionadas sociedades, las que menos nos interesan son las que constituyeron los grandes Estados imperiales de los altiplanos, pues ellas —como sus similares en otras partes del mundo— surgieron como resultado de un proceso de degeneración que introduce la división de la sociedad en dirigentes y dirigidos, produce privilegios para algunos y culmina en la aparición y el desarrollo —en el caso del mal llamado ‘socialismo’ incaico, bastante incipiente— de las clases sociales. En efecto, las sociedades imperiales precolombinas surgieron como resultado de un proceso de degeneración similar al que habían sufrido las sociedades españolas desde, digamos, la época en la que floreció el maravilloso arte ‘primitivo’ franco-cantábrico, hasta el reinado de los Reyes Católicos y el viaje de Colón: el arte franco-cantábrico reflejaba una estructura perfectamente horizontal de la sociedad y de la psique, en la cual ni el poder divino ni el poder político se encontraban por encima de los seres humanos, de la comunidad o de la naturaleza en general, mientras que el Estado español en la época de los Reyes Católicos estaba constituido como una despiadada y opresiva organización vertical e instrumental.

El resto de las sociedades americanas precolombinas, al igual que las sociedades prehistóricas europeas que desarrollaron el arte franco-cantábrico, estaban estructuradas de manera ‘horizontal’ y en ellas las relaciones instrumentales estaban muy lejos de predominar sobre las relaciones comunicativas.² Paul Clastres (como Jacques Lizet y, menos directamente, Marshal Sahlins) ha mostrado que en una larga serie de sociedades ‘primitivas’ estaban ausentes las divisiones de la sociedad en gobernantes y gobernados, ricos y pobres, privilegiados y marginados.³ En la mayoría de las tribus sudamericanas, el cacique tomaba el mando sólo durante las expediciones de caza o de guerra, y lo devolvía a

¹O sea, sociedades que, en términos de Tönnies, eran casi puramente *Gemeinschaften*.

²La estructura comunicativa y la estructura instrumental a las que me refiero corresponden a dos de los tres tipos de interés y de acción en Jürgen Habermas: el interés y la acción comunicativos, y el interés y la acción instrumentales. El tercer tipo de interés/acción es para Habermas el emancipatorio.

Para una crítica tanto de las relaciones instrumentales como de las tesis de Habermas ver: (1) Capriles, Elías (1990), ‘Las aventuras del fabuloso hombre-máquina (contra Habermas y la ratio technica)’. Mérida, revista *Actual*, Nos. 16-17, pp. 77-90; (2), Capriles, Elías y Mayda Hocevar (1991), ‘Enfoques sistémicos en sociología. Discusión de algunas de las tesis de Capra, Luhmann y Habermas’. San Sebastián (País Vasco), *Anuario Vasco de Sociología del Derecho*, año 1991, pp. 151-186.

³Refutando las teorías de Marx y Engels que atribuyen una pobreza extrema a los ‘comunismos primitivos’, Marshal Sahlins ha mostrado que las sociedades ‘primitivas’ poseían una ‘economía de la abundancia’. Ver Sahlins, Marshal, *Stone Age Economics* (con prefacio de Paul Clastres). Cabe señalar que para los anarquistas, en general, el Estado no es el resultado de la aparición de las divisiones de clases, sino que más bien son éstas un resultado de la aparición del Estado.

la totalidad de la tribu cuando la expedición concluía, sin que nadie gobernara cuando no se realizaban tales expediciones. El hecho de que actualmente llamamos ‘caciques’ a quienes se han apoderado de una posición de mando extrema en algún grupo social es un signo claro de los prejuicios y la desinformación impuestos por los españoles.

Si las sociedades occidentales y occidentalizadas de la actualidad poseen una estructura instrumental, las sociedades comunitarias ‘primitivas’ estaban caracterizadas por una estructura horizontal y comunicativa. En ambos casos, la estructura de la sociedad refleja, y al mismo tiempo engendra, la estructura psicológico-religiosa de los individuos que la constituyen. En efecto, los miembros de las sociedades ‘primitivas’ jamás tomaban a los otros individuos —ni tampoco a los animales, las plantas y los otros fenómenos naturales— como útiles a ser empleados instrumentalmente para el propio beneficio, sino como entidades sagradas a ser respetadas, con las cuales uno debía relacionarse comunicativamente, en términos de relaciones persona-persona propiamente dichas. Los indígenas cazaban animales y recolectaban plantas,⁴ pero tenían un enorme cuidado de relacionarse respetuosa y comunicativamente con sus presas, como si se tratase de personas (que deben ser bien tratadas y, finalmente, liberadas). La totalidad de la naturaleza era para ellos algo viviente y sagrado, y cada uno de los fenómenos naturales era una entidad espiritual viviente digna del mayor respeto.

El resultado de todo lo anterior era, por una parte, una excelente calidad de vida, libre de los males que dimanaban de las divisiones entre los seres humanos en la sociedad,⁵ y, por la otra, una forma ‘ecológica’ de vida que conservaba y protegía el medio ambiente en vez de destruirlo. Arturo Eichler señala que:⁶

«Los antiguos lacandones de México sembraban 70 productos distintos en una hectárea y, todavía hoy, los indígenas amazónicos... que aún no han sido exterminados... cultivan hasta 80 variados productos en sus reducidas chacras, que nunca sobreexplotaban, de modo que en milenios no han degradado su ambiente natural. Ellos saben que muchas hierbas y malezas «indeseables» son indicadores de la calidad del suelo o de alguna carencia. Al restituir el equilibrio del suelo, la maleza desaparece (por sí) sola.»

Un grupo de antropólogos que restauró en Perú un sistema precolombino de canales de riego y fertilización natural obtuvo con su ayuda, pero sin la de fertilizantes químicos, un rendimiento por hectárea muchísimo mayor que el rendimiento promedio obtenido con la ayuda de fertilizantes químicos en otros lugares. De la misma manera, como señala también el Dr. Eichler:⁷

«Ya en el siglo trece Marco Polo observaba cómo los campesinos de Asia dejaban, aparte de sus sembradíos, pequeños lotes sembrados de granos para las aves insectívoras, y se asombró viendo que los pájaros... aprendían (a comer sólo de lo que les había sido destinado). Hoy, cualquier especie que compite con nosotros por los alimentos, es nuestro mortal enemigo.»

Para los indígenas americanos, como para los tibetanos prebudistas y para los aborígenes de muchas regiones, *todas* las relaciones eran comunicativas. Y, como lo

⁴También, en muchísimos casos, cultivaban, pero ello no es relevante aquí.

⁵Aunque, por supuesto, se producían divisiones e incluso guerras entre diferentes tribus o sociedades, lo cual muestra que dichas sociedades ya se habían apartado en un grado considerable de la perfección primordial, representada en la cristiandad como el Jardín del Edén, en la India como el Satyayuga, en Roma como la Edad de Oro, y correspondiente a las formas primigenias y más puras del ‘comunismo primitivo’ postulado tanto por el marxismo como por importantes pensadores anarquistas.

⁶Eichler, Arturo, ‘¿Agricultura química o biológica?’ En Eichler, Arturo (1987), *S.O.S. Planeta Tierra*, p. 86. Caracas, Guardia Nacional de Venezuela.

⁷Eichler, Arturo, ‘Ecología, alimentos, cultura’ *Ibidem*, p. 77.

muestran las declaraciones proféticas de varios sabios indígenas (entre las cuales la más conocida quizás sea la respuesta del jefe Seattle a la propuesta del Presidente de los EE. UU. de comprar las tierras de su tribu), habiendo entrado en contacto con los invasores anglosajones y percibido la actitud instrumental de éstos hacia la Naturaleza, los indígenas norteamericanos predijeron la crisis ecológica que amenaza con destruirnos. El jefe Seattle respondió al Presidente de los EE. UU.:

««Cómo se puede comprar o vender el firmamento, ni aun el calor de la tierra? Dicha idea nos es desconocida.

«Si no somos dueños de la frescura del aire ni del fulgor de las aguas, ¿cómo podrán ustedes comprarlos?

«Cada parcela de esta tierra es sagrada para mi pueblo; cada brillante árbol de pino, cada grano de arena en las playas, cada gota de rocío en los bosques, cada altozano y hasta el sonido de cada insecto es sagrado a la memoria y al pasado de mi pueblo. La savia que circula por las venas de los árboles lleva consigo la memoria de los pieles rojas...

«...esta bondadosa tierra... es la madre de los pieles rojas. Somos parte de la tierra y, asimismo, ella es parte de nosotros. Las flores perfumadas son nuestras hermanas. El venado, el caballo, la gran águila; éstos son nuestros hermanos. Las escarpadas peñas, los húmedos prados, el calor del cuerpo del caballo y del hombre, todos pertenecemos a la misma familia...

«El agua cristalina que corre por ríos y arroyuelos no es solamente el agua; ella también representa la sangre de nuestros antepasados. Si les vendemos tierras, deben recordar que (la tierra) es sagrada, y a la vez deben enseñar a sus hijos que es sagrada...

«Los ríos son nuestros hermanos y sacian nuestra sed; son portadores de nuestras canoas y alimentan a nuestros hijos. Si les vendemos nuestras tierras ustedes deben recordar y enseñarles a sus hijos que los ríos son nuestros hermanos y también lo son suyos y que, por lo tanto, deben tratarlos con la misma dulzura con la que se trata a un hermano.

«Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestro modo de vida. El no sabe distinguir entre un pedazo de tierra y otro, ya que es un extraño que llega de noche y toma de la tierra lo que necesita. La tierra no es su hermana sino su enemiga y, una vez que la ha conquistado, él sigue su camino... Le secuestra la tierra a sus hijos... Tanto la tumba de sus padres como el patrimonio de sus hijos son olvidados. Trata a su madre, la tierra, y a su hermano, el firmamento, como objetos que se compran, se explotan y se venden... Su apetito devorará la tierra dejando atrás sólo un desierto.

«No sé, pero nuestro modo de vida es diferente al de ustedes. La sola vista de sus ciudades apena los ojos del piel roja. Pero quizás sea porque el piel roja es un salvaje y no comprende nada.

«No existe un lugar tranquilo en las ciudades del hombre blanco, ni hay sitio donde escuchar cómo se abren las hojas de los árboles en primavera o cómo aletean los insectos. Pero quizás también esto debe ser porque soy un salvaje que no comprende nada. El ruido parece insultar nuestros oídos. Y, después de todo, ¿para qué sirve la vida si el hombre no puede escuchar el grito solitario del chotacabras (aguaitacaminos) ni las discusiones nocturnas de las ranas al borde de un estanque? Soy un piel roja y nada entiendo. Nosotros preferimos el suave susurro del viento sobre la superficie de un estanque, así como el olor de ese mismo viento purificado por la lluvia del mediodía o perfumado con aromas de pinos.

«El aire tiene un valor inestimable para el piel roja, ya que todos los seres comparten el mismo aliento —la bestia, el árbol, el hombre, todos respiramos el mismo aire—. El hombre blanco no parece consciente del aire que respira; como un moribundo que agoniza durante muchos días, es insensible al hedor. Pero si les vendemos nuestras tierras deben recordar que el aire nos es inestimable, que el aire comparte su espíritu con la vida que sostiene. El viento que dio a nuestros abuelos el primer soplo de vida, también recibe sus últimos suspiros. Y si les vendemos nuestras tierras, ustedes deben conservarlas como cosa aparte y sagrada, como un lugar donde hasta el hombre blanco pueda saborear el viento perfumado por las flores de las praderas.

«Por ello consideramos su oferta de comprar nuestras tierras. Si decidimos aceptarla, yo pondré condiciones: el hombre blanco debe tratar a los animales de esta tierra como a sus hermanos.

«Soy un salvaje y no comprendo otro modo de vida. He visto miles de búfalos pudriéndose en las praderas, muertos a tiros por el hombre blanco desde un tren en marcha. Soy un salvaje y no comprendo cómo una máquina humeante puede importar más que el búfalo, al que nosotros matamos sólo para sobrevivir.

«¿Qué sería del hombre sin los animales? Si todos fueran exterminados, el hombre también moriría de una gran soledad espiritual; porque lo que les sucede a los animales también le sucederá al hombre. Todo va enlazado.

«Deben enseñar a sus hijos que el suelo que pisan es las cenizas de nuestros abuelos. Inculquen a sus hijos que la tierra está enriquecida con las vidas de nuestros semejantes, a fin de que sepan respetarla. Enseñen a sus hijos que nosotros hemos enseñado a los nuestros que la tierra es nuestra madre. Todo lo que le ocurra a la tierra le ocurrirá a los hijos de la tierra. Si los hombres escupen en el suelo, se escupen a sí mismos.

«Esto sabemos: la tierra no pertenece al hombre; el hombre pertenece a la tierra. Esto sabemos, todo va enlazado, como la sangre que une a una familia. Todo va enlazado.

«Todo lo que le ocurra a la tierra le ocurrirá a los hijos de la tierra. El hombre no tejió la trama de la vida; él es sólo un hilo. Lo que hace con la trama se lo hace a sí mismo.

«Ni siquiera el hombre blanco, cuyo Dios pasea y habla con él de amigo a amigo, queda exento del destino común. Después de todo, quizás seamos hermanos. Ya veremos. Sabemos una cosa que quizás el hombre blanco descubra algún día: nuestro Dios es el mismo Dios. Ustedes pueden pensar ahora que El les pertenece, tal como desean que nuestras tierras les pertenezcan; pero no es así. El es el Dios de los hombres y Su compasión se comparte por igual entre el piel roja y el hombre blanco. Esta tierra tiene un valor inestimable para El y si se daña ello provocaría la ira del Creador. También los blancos se extinguirían, quizás antes que las demás tribus. Contaminen sus lechos y una noche perecerán ahogados en sus propios residuos.

«Pero ustedes caminarán hacia su destrucción rodeados de gloria, inspirados por la fuerza del Dios que los trajo esta tierra y que por algún designio especial les dio dominio sobre ella y sobre el piel roja. Ese destino es un misterio para nosotros, pues no entendemos por qué se exterminan los búfalos, se doman los caballos salvajes, se saturan los rincones secretos de los bosques con el aliento de tantos hombres y se atiborra el paisaje de las exuberantes colinas con cables parlantes. ¿Dónde está el matorral? Destruído. ¿Dónde está el águila? Desapareció. Termina la vida y empieza la supervivencia.»

A pesar de todo lo anterior —o quizás precisamente por ello— los europeos en general consideraron a los indígenas americanos como seres infrahumanos, incomparablemente inferiores a sí mismos, que podían ser explotados a voluntad. Algunos sacerdotes especialmente humanitarios los vieron como seres que debían ser ‘elevados’ a una condición cercana a la de los habitantes del viejo continente por medio de la educación y la evangelización. El texto del jefe Seattle muestra que, en realidad, los europeos *habrían tenido que aprender de los indígenas americanos y ser reeducados por éstos* a fin de evitar la intensificación de la explotación de la naturaleza, de los otros seres humanos y de nosotros mismos, que ha producido la crisis ecológica y social que enfrentamos: una crisis que, como han señalado los expertos, amenaza con poner fin a la vida en el planeta, en medio del mayor sufrimiento, antes de la mitad del próximo siglo.⁸

⁸Como señala el conocido manifiesto *A Blueprint for Survival*, producido en 1972 por la revista *The Ecologist* y apoyado en un documento por los científicos más notables del Reino Unido y por organizaciones tales como The Conservation Society, Friends of the Earth, The Henry Doubleday Research Association, The Soil Association y Survival International:

«Un examen de la información relevante asequible nos ha hecho tomar conciencia de la extrema gravedad de la situación global en nuestros días. Pues, si permitimos que persistan las tendencias imperantes, la ruptura de la sociedad y la destrucción irreversible de los sistemas que sostienen la vida en este planeta, posiblemente hacia el final del siglo, sin duda dentro de la vida de nuestros hijos, serán inevitables.»

A su vez, Michel Bosquet (citado en el volumen *La contaminación* de la Enciclopedia Salvat de Grandes Temas) advertía hace ya varias décadas que:

«La humanidad necesitó treinta siglos para tomar impulso; le quedan treinta años para frenar antes del abismo.»

Arturo Eichler ha señalado que podría ser exagerado situar la destrucción total de los sistemas que sostienen la vida dentro de nuestro siglo, pero al mismo tiempo ha dicho que sólo una transformación total *inmediata* podría *quizás* hacer posible nuestra supervivencia más allá de la primera mitad del próximo siglo.

En efecto, el ser humano occidental moderno, poseído por relaciones instrumentales y por un error gnoseológico que corresponde a la ‘carencia de sabiduría sistémica’ que los budistas llaman *avidya*,⁹ sólo sabe explotar y destruir a los otros seres humanos y el resto del medio ambiente con los instrumentos tecnológicos cada vez más poderosos que desarrolla a ese fin. Como ya señalé, este tipo de relaciones y sus resultados se desarrollaban ya en las civilizaciones americanas precolombinas, y sobre todo en los Estados imperiales de los altiplanos y de Centroamérica. Pero por más que se hubiesen desarrollado en nuestro continente con anterioridad a la llegada de Colón, su desarrollo distaba mucho del que habían alcanzado en la Europa de la última década del siglo XV. ¿Qué pudo haber precipitado este desarrollo en las sociedades europeas, haciéndolo tanto más pronunciado que en ninguna otra parte? Una posible respuesta sería que ese mayor desarrollo habría sido hecho posible, entre otras cosas, por la influencia de la interpretación popular de la tradición judeo-cristiana, basada en ciertas traducciones de la Biblia, que habría podido imponerse quizás porque en general en Europa el poder religioso estuvo en manos de hombres menos sabios que los que lo ejercieron en Asia y América.

Las traducciones a lenguas modernas occidentales de las palabras del libro del *Génesis* acerca de la creación dan ya la impresión de que la naturaleza ha de ser empleada como un útil por los seres humanos. Como anotó Thomas A. Sancton en la revista *Time* del 2-1-89:

«La actual relación predatoria de la humanidad con la naturaleza refleja una visión del mundo centrada en el hombre, que se ha ido desarrollando por eras enteras. Casi todas las sociedades han tenido sus mitos acerca de la tierra y sus orígenes. Los antiguos chinos representaban el Caos como un huevo enorme cuyas partes se separaron, produciendo el cielo y la tierra, el yin y el yang. Los griegos creían que Gaia, la tierra, había sido creada inmediatamente después del Caos y había dado lugar a los dioses. En muchas sociedades paganas, la tierra era vista como una madre, una fértil dadora de vida. La naturaleza —el cielo, el bosque, el mar— estaba dotada de divinidad, y los mortales estaban subordinados a ella.

«La tradición judeo-cristiana introdujo un concepto radicalmente diferente. La tierra era la creación de un Dios monoteísta quien, después de darle forma, ordenó a sus habitantes, en las palabras del Génesis: "Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra y *subyugádl*a: y tened dominio sobre los peces del mar y sobre las aves del aire y sobre todas las cosas vivientes que se muevan sobre la tierra". La idea de dominio podía ser interpretada como una invitación para usar la naturaleza como un útil. Así, la difusión del cristianismo, que en la opinión general preparó el terreno para el desarrollo de la tecnología, pudo al mismo tiempo haber contenido las semillas de la desenfadada explotación de la naturaleza que a menudo acompañó al progreso técnico.

«Esas tendencias fueron combinadas por la noción que abrigó la Ilustración, de un universo mecánico que podía ser moldeado por el hombre para sus propios fines a través de la ciencia. El optimismo exuberante de esa visión del mundo estuvo detrás de algunos de los más grandes logros de los tiempos

Por su parte, Lester Brown, del Worldwatch Institute en Washington, D. C., afirmó en el Foro Global sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo para la Supervivencia que tuvo lugar en Moscú del 15 al 19 de enero de 1990, que:

«Si no podemos invertir algunas de (las) tendencias (imperantes) en el futuro próximo, corremos el riesgo muy real de que la degradación ambiental pueda producir ruina económica, como ya lo ha hecho en partes de África, y de que las dos puedan comenzar a alimentarse mutuamente, haciendo cualquier progreso futuro extremadamente difícil... para el año 2030, o bien habremos producido un sistema económico mundial ambientalmente sostenible, o habremos fracasado claramente y, mucho antes de eso, la degradación ambiental y la ruina económica, alimentándose mutuamente, habrán llevado a la desintegración social. Lo haremos para el 2030 o habremos fracasado claramente.» (‘Picturing a Sustainable Society’, en *The Elmswood Newsletter*, Vol. 6, Nº 1, Berkeley 1990).

⁹Se trata del error que, según se verá más adelante, se desarrolla a medida que se desenvuelven la evolución y la historia humanas, y que corresponde a aquél que Spinoza caracterizó como ‘lo incompleto y abstracto’.

modernos: la invención de máquinas que ahorran trabajo, el descubrimiento de anestésicos y vacunas, el desarrollo de sistemas eficientes de transporte y comunicación. Pero, cada vez más, la tecnología ha tenido que enfrentar la ley de la consecuencia inesperada. Los avances en el cuidado de la salud alargaron el tiempo de vida y redujeron las tasas de mortalidad infantil, agravando así el problema de la población. El uso de plaguicidas aumentó el rendimiento de los cultivos pero ha contaminado las aguas (de consumo humano y animal). La invención de los automóviles y los aviones jet produjo una revolución en el viajar pero ha ensuciado la atmósfera.¹⁰»

Una mala interpretación de la doctrina cristiana también ha difundido la idea de que la naturaleza es fuente de mal y de pecado, a tal punto que el historiador Jules Michelet escribía ya en el siglo XIX:¹¹

«Algunos autores afirman que, poco tiempo antes de la victoria del cristianismo, a través de las costas del mar Egeo corrió una voz misteriosa que decía «el gran Pan ha muerto».

«El antiguo dios universal de la Naturaleza había dejado de existir, lo cual dio lugar a una gran alegría, pues se creía que, puesto que la Naturaleza había muerto, la tentación había muerto. Finalmente el alma humana, azotada tanto tiempo por la tempestad, iba a descansar.

«¿Fue ése el fin del antiguo culto, su derrota, el eclipse de las antiguas fórmulas religiosas? En absoluto. Podemos verificar en cada línea de los primeros monumentos cristianos la esperanza de que la Naturaleza desapareciera, de que la vida llegara a su fin, de que el fin del mundo estuviera cerca...

«...Los primeros cristianos, en conjunto e individualmente... maldicen a la Naturaleza. Ellos la maldicen como un todo, al extremo de ver en una flor la encarnación del mal o del demonio.¹² Puedan llegar, tan pronto como sea posible, los ángeles que arruinaron las ciudades del Mar Muerto, y plegar con una vela la vana faz de la Tierra, de modo que para el santo todas las tentaciones del mundo puedan perecer.

«Si el evangelio dice «el día está cerca», los Padres dicen «ahora, ya.»»

No podemos generalizar tanto como lo hace Michelet. Algunos cristianos interpretaron erróneamente las enseñanzas de su religión, pero otros vivieron por ellas y las encarnaron en su experiencia. San Francisco de Asís, quien es uno de los más notables y genuinos ejemplos del verdadero amor cristiano, es también uno de los más notorios ejemplos universales de comunión con la Naturaleza y respeto del mundo no-humano, constituido por el «hermano lobo», los «hermanos animales» en general, la flora y el mundo mineral, que el santo jamás irrespetó ni consideró como mero útil.¹³

Ahora bien, en su mayoría los cristianos fueron afectados por la interpretación dualista de las enseñanzas judeocristianas, que se manifestó en términos de una relación instrumental de dominio: la conciencia, entendida como principio inmaterial y puramente espiritual, superior y sublime, debía dominar al cuerpo, a las pasiones (que eran consideradas como algo «del cuerpo») y al resto de la naturaleza, considerados como inferiores, abyectos e indignos de confianza.¹⁴ Y puesto que los indígenas que habitaban el

¹⁰Sancton, Thomas A., 1989, revista *Time* del 2-1-89.

¹¹Michelet, Jules (1862; español 1987), *La bruja: un estudio de las supersticiones de la Edad Media*. Barcelona, Akal.

¹²*Conf. de San Cipriano*, ap. Muratori, *Script it.* I, 293, 545. A Maury, *Magic*, 435.

¹³Ello, a pesar de que Albert Schweitzer insistiera en que al amor que predica el cristianismo es de tipo personal (mientras que el que caracteriza a religiones como el taoísmo, por ejemplo, sería de tipo 'cósmico'). Si bien fueron pocos los evangelizadores, conquistadores y colonos que estuvieron imbuidos del verdadero amor cristiano, en nuestros días ese amor ha infectado a una creciente sección del clero latinoamericano, sobre todo entre los proponentes de la Teología de la Liberación.

¹⁴Esta interpretación dualista de las enseñanzas judeocristianas sirvió de base más adelante a las ideologías desarrollistas producidas por los aprendices de brujo que dieron vida al Gólem tecnológico. Ello sucedió, notoriamente, con la ideología de progreso técnico y dominio de la naturaleza desarrollada por Francis Bacon,

continente recién descubierto fueron vistos como elementos de la naturaleza, casi privados de humanidad, se encontraron entre lo que tenía que ser dominado, explotado y oprimido. O, para los hombres religiosos más benévolos, entre lo que tenía que ser evangelizado y elevado al nivel de conciencia de los europeos. Así, pues, los escasos hombres benévolos que llegaron a las tierras americanas por lo general ayudaron a imponer en los indígenas de nuestro continente la nueva visión del mundo y la nueva forma de relacionarse con éste que permitiría el rápido desarrollo de las destructivas relaciones instrumentales y de la perniciosa visión fragmentaria.

En general, no obstante, lo que se hizo con los indígenas no fue educarlos y evangelizarlos, sino explotarlos de la manera más cruel y, en poco tiempo, llegar casi a exterminarlos. Después de pocos siglos de exterminio de indígenas rebeldes, de explotación extrema del trabajo autóctono en minas y campos, de guerra bacteriológica (por ejemplo, mediante la entrega a indígenas de mantas contaminadas con viruela), y así sucesivamente, la población indígena en el continente se redujo a una pequeña fracción de lo que había sido en el momento de la llegada de los españoles.¹⁵

¿Cómo podríamos celebrar el quinto centenario de la destrucción ecológica progresiva del continente y del exterminio y la degeneración progresivos de los sabios pueblos que lo habitaban? Creo que en tan deshonrosa ocasión lo único positivo que podemos hacer es rescatar los valores indígenas que pueden servirnos para detener nuestra marcha hacia la debacle ecológica. No propongo que regresemos a las formas culturales, los modos de vida y las religiones de la época precolombina, a los que nuestros hábitos, conocimientos e idiosincrasias no nos dejarían ya adaptarnos, y que por otra parte ya no responden a nuestras actuales necesidades. La perspectiva gnoseológica y psicológica que debemos obtener no es la que caracterizaba a los indígenas americanos en la época del mal llamado «descubrimiento» de América, la que caracterizaba a los chinos en el tiempo de Marco Polo, ni ninguna otra que registre la historia: ella sólo puede ser el resultado del desarrollo, la reducción al absurdo y la superación del error humano básico que se ha ido

quien escribió en su obra de 1603 *El nacimiento masculino del tiempo, o la gran instauración del dominio del hombre sobre el universo*:

«Vengo en verdad trayendo a vosotros la Naturaleza con todos sus hijos, para sujetarla a vuestro servicio y hacerla vuestra esclava... de modo que pueda realizar mi único deseo terrenal, que es el de estirar los límites deplorablemente estrechos del dominio del hombre sobre el universo a sus fronteras prometidas.»

Lo mismo sucedió, en forma quizás aun más notoria, con la ideología que, en la primera mitad del siglo XVII, desarrolló René Descartes, a quien Heidegger llamó «el padre de la bomba atómica». Según la ideología de Descartes, en el universo había dos sustancias creadas, que eran la *res cogitans* o «cosa pensante» —o sea, la conciencia entendida como sustancia no espacial— y la *res extensa* o «cosa extensa» —o sea, el universo físico entendido como sustancia espacial, *que comprendía a las pasiones*—. La primera debía someter a la segunda, y —para expresarlo en términos de la famosa frase del ilustre pensador francés— «el hombre debía ser amo y señor de la naturaleza». Así, pues, la vieja relación instrumental de la interpretación popular de las enseñanzas judeocristianas había sido modificada para servir de base al nuevo proyecto científico-tecnológico que sería adoptado por la burguesía emergente en su lucha por el poder.

¹⁵Cabe señalar que incluso hombres tan bien intencionados como el padre de Las Casas, quien condenó en sus escritos el exterminio intencional de millones de indígenas (algunas veces nos habla de 30 millones de indígenas exterminados, mientras que otras habla de 300 millones y hasta de cifras aún mayores), colaboraron con la imposición en los indígenas de la visión del mundo y la forma de relacionarse con éste propios de los europeos.

desarrollando con el desenvolvimiento de la historia.¹⁶ Y esta superación hasta ahora no había sido posible, pues el error que se estaba desarrollando no había alcanzado su extremo lógico.¹⁷

Así, pues, en vez de volver atrás, hacia algo que ya no somos —lo cual sería, por cierto, imposible— y que, dadas nuestras condiciones culturales, raciales, tecnológicas y así sucesivamente, ya no representa una base viable de vida, tenemos que proceder hacia adelante. La crisis ecológica representa la reducción al absurdo de la verticalidad, de las relaciones instrumentales, de la conciencia fragmentaria, de la religiosidad que proyecta la divinidad fuera del mundo y se opone a la naturaleza (a la que considera maligna e intenta destruir), de las diferencias políticas y socioeconómicas en las sociedades, y del uso ciego de la técnica para someter a la naturaleza y a los otros seres humanos. Aquello que ha alcanzado su reducción al absurdo tiene que ser superado *siguiendo hacia adelante*; por ejemplo, en vez de desechar toda técnica, debemos desarrollar una técnica que no maquince a los humanos y que no destruya el medio ambiente, sino que se integre con éste. Cuando todo lo que ha alcanzado la reducción al absurdo sea superado, se restaurará el orden primordial, los seres humanos recuperarán la plenitud y la armonía, y el ecosistema comenzará a recuperar progresivamente la salud.

Cómo serán las cosas entonces no es algo que se pueda predecir con exactitud, ni mucho menos considerar en un corto artículo como éste. Lo que sí puedo decir es que, para mí, la única ‘celebración’ (!) aceptable del Quinto Centenario es el trabajo consciente y disciplinado destinado a lograr la superación de lo que tiene que ser superado y la consiguiente restauración del orden primordial.

¹⁶Que Spinoza caracterizó como ‘lo incompleto y lo abstracto’, y que resulta de la captación de segmentos artificialmente abstraídos de la totalidad como si fuesen entes autoexistentes, independientes de todos los otros entes y del resto del universo. Esta perspectiva es la que denuncia la famosa historia hindú (reproducida por los místicos sufíes del Medio Oriente) de los hombres y el elefante, que he contado en diferentes trabajos.

¹⁷Para un recuento de la filosofía de la historia de la que se desprenden estas afirmaciones, ver: (1) Capriles, Elías (1986), *Qué somos y adónde vamos*. Caracas, Unidad de Extensión de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela; (2) Capriles, Elías (1990), ‘Sabiduría, equidad y paz’. Mérida, revista Actual, Nos. 18-19, pp. 203-223; (3) Capriles, Elías (1992), ‘La inversión hegeliana de la historia’. Mérida, *Filosofía* (Revista del Postgrado de Filosofía de la Universidad de Los Andes), primer número de 1992 (actualmente en imprenta). (4) Un recuento más amplio aparecerá en un libro del autor que publicará próximamente la Cátedra de Estudios Orientales de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes.